



Sabor a frutilla

Juan Pablo Rudolffi Ugarte

Editorial Corporación Parias



Sabor a frutilla

por Juan Pablo Rudolffi Ugarte
Santiago, Chile - 2013

Editorial Corporación Parias



Sabor a frutilla

por Juan Pablo Rudolffi Ugarte
Santiago, Chile

Editorial

Corporación Parias



Diseño e Impresión

Publicidad Concreta
www.publicidadconcreta.cl
Santiago, Chile

DOS BELLOS ANGELITOS

Fue en la cena de la corporación artística donde Lía participaba activamente involucrándose con papeles en obras teatrales. Lía era una mujer hermosa, actuaba con el demonio apoyándole los talones... dejaba residuos del infierno por donde pasaba, era realmente una hija de Satanás!, tenía una belleza única, créanme... jamás en mi vida he visto a alguien igual. Mueve los labios carnosos y extremadamente rojos para bostezar, al tiempo en que rellena su copa con vino y luego me lo entrega para que yo haga lo mismo.

- Lee ven, te presentaré a la protagonista del corto que estás escribiendo.

Me puse de pie para seguirla, y no dudé en mirar cómo la tela de su vestido lila encarnaba la piel y parecía poder verse bellos muslos y piernas largas que abrían de manera potente mi apetito sexual. A Lía no la conocía demasiado, la había visto con suerte cuatro veces, pero el último tiempo estuve rodeando la casa donde se juntaba la corporación, porque estaba trabajando con un tipo el guión para el cortometraje. Al final llegamos donde Lía quiso. En una mesa, sentado, un muchacho que fumaba nerviosamente un cigarrillo... Con él, un anciano con pinta de artista plástico. . En el medio, una muchacha fina, delgadísima, con dos grandes ojos azules como el mar, un alto cuello blanco, del cual bajaban bellos rulos negros como la noche.

- Lía: Clara, te presento a Lee, él es el muchacho del que te hablé, trabaja con Carlos el guión del corto donde actuarás.

- Clara: Es un placer Lee.

- Lee: El placer es mío muchachita.

- Clara: Y cómo es que se han demorado tanto con el tema?

- Lía: El problema es que no hemos coincidido bien con los tiempos.

- Clara: Vale, yo estoy ansiosa de salir.

- Lee: *Ahora que te veo, creo sentir las mismas ansias porque comience el rodaje.*

Clara nos instó a sentarnos, yo y Lía dejamos nuestras copas en la mesa y nos sentamos. Clara conversaba con el anciano. El flaco, que estaba a su lado, parecía aporreado, fumaba rápidamente y miraba un punto fijo en la servilleta. Se me ocurrió meterle conversa y le pregunté:

- *¿Y tú qué haces?*

- *No me hables -dijo moviendo la nariz y poniéndose de pie-*

El muchacho se fue, Lía me dijo al oído "déjalo, ese está medio loco".

Continuó la noche, Clara no paraba de hablar con el anciano, yo miraba su corbata verde, luego el mantel algo manchado con vino, las hermosas botellas negras puestas en abundancia. Lía tampoco hablaba. De fondo una canción hecha con violines, con ritmos franceses, una canastita con pequeños fritos de pollo y pescados, panecillos con pasta de choclo. La hora pasó y yo bebí tranquilamente. Un gato deambulaba por el lugar, se subía a las piernas de los invitados, quienes lo recibían con alegría, lo acariciaban lentamente, desde la cabeza hasta la cola, parecía muy excitado.

Al terminar la noche salí con Lía del lugar, caminamos hasta la esquina en busca de un taxi, los adoquines oscuros estaban embarrados, pequeñas gotitas de agua empezaban a caer, le mojaban la cara a Lía y yo deseaba lamerle el agua, esperamos varios minutos, cuando vemos acercarse a Clara, nos sonrío y dice:

- Clara: *¿No me digan que quieren ir a dormir ya?, la noche aún es muy temprana.*

- Lee: *Bueno pretendíamos ir cada uno a nuestras respectivas casas, hace frío.*

- Clara: *No sean estúpidos, ¿Qué tal si los invito a mi piso, ahí podemos beber algo más, tengo una botella de wisky y algo de vino.*

Lía sonrío y acepta inmediatamente, a mí me pareció una idea maravillosa, paramos un taxi y partimos.

Los vidrios del taxi estaban empañados, el tipo llevaba puesto el calefactor. Yo estaba sentado entremedio de las dos mujeres, desde mi posición podía verle las piernas. Clara pareció notarlo y subió un poco su falda, me sentí excitado, nadie decía nada, solo nos mirábamos y sonreíamos, una fiebre empezó a apoderarse de mí, en la radio sonaba una pieza de Chopin,

bastante melancólica. Saqué una pastilla de mi bolsillo, un calmante, y lo puse bajo mi lengua, Lía agarró mi cara de sorpresa y me dio un beso excesivamente potente y puso su lengua bajo la mía y sacó parte de la pastilla, luego miró por la ventana y se quedó de ese modo hasta que llegamos a la esquina donde vivía Clara, bajamos del taxi y caminamos media cuadra.

Me sentía brillante caminando con aquellas muchachas hermosas. Sentía excitación de verlas, de olerlas. Llegamos al edificio y subimos al piso, tenía todo muy ordenado, lindas cortinas, linda mesa, antiguo sillón, pude notar que tenía al menos diez gatos. Al llegar, Clara nos hace sentarnos en el sillón, entra al baño unos segundos, al salir venía completamente desnuda, tenía dos pechos duros y lindamente parados. Lía no demora, y en el mismo lugar, saca su vestido, nadie dijo nada, yo también me desnude, Clara se inclina para prender la tele y pude ver a profundidad su ano y parte de su vagina, sentí endurecer mi pene, en la televisión una película de humor. Clara va por las bebidas y llega con tres vasos de wisky con agua, los gatos se paseaban por todo el lugar dejando todo lleno de pelos, por algún motivo me entró un sueño enorme, puede haber sido que Clara le haya echado algo a las bebidas, no podía pronunciar palabra y ví su cara acercarse a la mía hasta que quedé dormido completamente.

Al despertar miré a ambos lados y ninguna de las muchachas estaba, fui a la cocina y bebí un vaso de agua... Empecé a recorrer el departamento. Cuando abrí la puerta de la última habitación que faltaba, ví flotar dos hermosos angelitos, estaban desnudas y les habían puesto alas de plumas blancas en sus hombros, de seguro las guardaban de alguna obra. ¡Eran hermosas...! Se balanceaban levemente. Les toqué el pie y aún había rastro de tibieza, las sogas con las que colgaban sus cuellos, eran gruesas...

A veces no entiendo por qué me baja la necesidad de asesinar a chicas tan guapas...!

Sabor a frutilla

COMO DIJERA GARDEL

I-Frank-

Era una mañana fría, tan fría como un trozo de hielo, me dolía de sobremanera ver la cara de la Francisca hecha un mar de lágrimas, era realmente terrible no tener un alma tan grande como para regalársela de apoyo. Francisca acababa de salir del psiquiátrico donde alguna vez fue la reina, su simpatía parecía opacar cualquier diagnóstico depresivo existente, yo la visitaba y siempre me esperaba con una cajita pintada, una pulsera, o un papel arrugado escrito con fina tinta aquel tembloroso *“siempre te amaré”*. Después de todo aquel tiempo, creí que la vida para nosotros cambiaría y podríamos al fin ser felices, o al menos terminar nuestros proyectos en paz, con ese apoyo extenso que solíamos darnos cuando nos interrumpía algún conflicto.

Cuando recorríamos la ciudad y tomaba su mano, siempre había algo común y era el frío, ese frío intenso, como si tomara una bola de nieve, pero una que no quería soltar nunca. Su mirada disimulaba cualquier intento de fijación nerviosa, incluso en los bares donde pasábamos las tardes leyendo poesía o recordando viejas canciones, compenetrándonos dolorosamente con lo que las letras dictaban, porque para nosotros parecían ser las canciones tristes las únicas que existieran. En los parques brillaba, explicándome lo inentendible de la filosofía, hablaba de Descartes con un entonación casi memorizada y suspiraba hablando del Capital, pues Marx era su gran mentor, o al menos eso ella creía.

Era una mañana fría, tan fría como un trozo de hielo, pero la gente no pasaba y a cada momento robaban de mis brazos a Francisca para decir ese memorizado *“ayudándote a sentir”*, *“en vida siempre fue un buen tipo”*,

“estaba sufriendo”, “te doy mi sentido pésame”, “Francisca, ayudándote a sentir...”, como si alguien pudiera ayudarla a sentir lo que su corazón vivía en el momento... tenía su vida acabada.

Yo solo esperando que llegase rápida una mañana para estar a su lado y simplemente poder susurrarle al oído: “todo ya pasará”, pero empezaban a bajar el ataúd y la tarde gris se hacía cada vez más punzante, atacaba como una cabrona perra para con su última presa, atacaba como lo haría un reo canero que está amenazado de muerte o violación. Al fin, tiran unas cuantas rosas al agujero y la Panchita estaba destruida, sus ojos no tenían ningún color, su nariz roja y su estampa pálida y oscura como mezclada por algún tipo de Dios masoquista, estaban realmente muertas.

Las primeras paladas de tierra y la gente empieza a caminar, yo deseaba estar en algún lugar, pero era incapaz de saber en cuál, el viejo Chedomir Freints yacía muerto y la Panchita Freints, su hija, no despegaba su mirada de aquel cajón que de a poco empezaba a repletarse de tierra...

2-Jean Pierre-

Caminaba con Frank por la avenida Brasil en busca de un bar. Entramos a beber y me comenta:

- Hey, Jean Pierre, ya no sé qué hacer con la Pancha, ya van varios años y no olvida lo de su padre.
- Creo que es normal.
- No para nada, está muerta en vida.
- ¡Déjala!
- ¡No!
- Solo déjala un tiempo, tal vez le hace falta pensar.
- ¿Más tiempo?
- Me imagino que nada de eso está normado.
- Más tarde me juntaré con ella.
- Está bien, trata de ser sincero, pon las cosas en su lugar.
- Está bien.

Bebimos unas copas y luego Frank se fue...

3-Frank-

Caminé a casa de Pancha, compré cigarrillos y un chocolate relleno de licor de guinda, a la Pancha le gustaban, toqué el timbre y no tardó en abrir. La miré y se veía brillante, fresca, reluciente... era una mujer hermosa, muy hermosa. La abracé y nos besamos, estaba vestida como de fiesta y traía los labios pintados, volví a abrazarla y la besé en la frente.

Ella me dijo:

- *¿Crees que el amor es eterno?*
- *Vaya, ni siquiera sé si crea en la eternidad.*
- *¿Crees que alguien pueda perder la cabeza por amor?*
- *Supongo que sí, en parte todos la perdemos.*
- *Tengo algo preparado para nosotros.*
- *Yo también tengo algo para ti, no olvidé que cumplíamos un año más de pololeo.*
- *¡Gracias amor!.*

Le pasé los chocolates, abrió el paquete con tranquilidad y los puso uno a uno en su lengua, al tiempo en que se le derretían y dejaban caer el licor de guinda, estaba muy serena, tenía una hermosa cara, un alma terrible.

- *¿Y?, qué tienes tú?*
- *¡Oh!, sí, espérame un segundo.*

Se puso de pie y fue al reproductor de cd y puso un disco de Carlos Gardel. Buscó entre las canciones hasta que sonó "Por una cabeza", trajo una bolsita rosada y se sentó a mi lado.

- *¿Sabes que esa era la canción que más le gustaba a mi padre?*
- *Sí, lo sé.*
- *¿crees que alguien pueda perder la cabeza por amor?*
- *No lo sé.*

Se pone de pie y se aleja algunos pasos de mí, abre la bolsa y saca una pistola, puso un balazo en su cabeza, cayó como un saco de papas y la pared quedó completamente manchada de sangre. Yo permanecí sentado, no cayó ni una sola lagrima de mis ojos, empezaba a hacer calor, el gato me miraba fijo como culpándome, la trementina era una delicia cuando de delicia se tiene a la vida, todo pasaba y en el radio no dejaba de sonar "Por una cabeza"...

Sabor a frutilla

SABOR A FRUTILLA

Si bien, alguna vez, de ella estuve enamorado... créame, iningún amor podría ser más terco que el que acaba de suceder...!

El mar en su máxima palidez, estaba emancipándose en mis poros, todo era un romántico azul claro, desde su vista que esperaba en cautiverio, presa de un nudo de oscuridad, hasta sus dientes, pulidos por dioses, mas blancos que la sal, bordeados como el mar por espumosos labios que a veces se acomplejaban para decir “*tal vez*”. Mariel estaba a mi lado después de tanto tiempo de lejanías, queriendo hacerse partícipe, preguntando por mi dolor... Dolor, aquel dolor que pretendía ocultar hasta el punto de ser lo más notorio de mi estampa.

- *El mar es tranquilizador Juan.*
- *Sí, me gusta también.*
- *Aunque el viento está algo frío.*
- *Creo siempre haberte escuchado quejar por el frío.*
- *Es parte de mi evidencia.*
- *Eres poco evidente.*

Sus manos eran en punta, con dedos largos y armoniosos, dejando al descubierto un anillo de plata penetrado hasta no poder más, tenía dos muñecas delgadas, siendo aproximadas por un tibio abrigo de lana café. Su delgadez no era preocupante, era una causa más para mi condena. Yo roedor, correría por todo el planeta si ella decidiera marcharse, pero se marcha, porque además de nuestros ojos, no tenemos más en común.

- *¿Hay mucho por hacer adentro?, ¿cómo vas con lo de las manualidades?*
- *Ha pasado tanto tiempo que ya me he aburrido de lijar madera.*

- *¿y qué más se puede hacer?*
- *Fumar por sobre todo, esperar sentado horas tremendas hasta que dicten las siete y poder ir por la cena.*
- *¿Y qué tal la cena?*
- *“Deliciosa si fueras tu” (pensé mientras encendía un cigarrillo)*
- *No me quejo.*
- *Qué bueno.*

Bueno fue cuando la espuma cubrió casi por completo el roquerío y los pequeños caracoles, que tanto le impresionaban, pudieron quedar libres del sol o de algún agresor hambriento. Pude escuchar el sonido de un pito a lo lejos y una mujer jugaba con su pequeña niña pasos más atrás. Yo solo pensaba en decirle todas esas cosas que siempre pensé y jamás dije, como que creía ser yo el único hombre en el mundo que podía sentir un amor de dimensiones generales y estaba dispuesto a regalárselo, en su lugar, cuando me preguntó sobre aquello, le respondí: “*Yo ya no creo en el amor*”, pero no hubo palabra, solo un silencio largo, largo... tan largo que solo acababa cuando las olas chocaban en el roquerío.

- *¿Vamos a caminar?*
- *Ya.*

El largo malecón estaba desierto. Yo, de reojo, cada segundo conté sus pasos. Sus piernas largas confundiesen con el sueño y el aplauso de un niño, con el malherido estridente que afiataba mi corazón. El tiempo sobre nosotros había pasado como el reflejo de una postal en el museo de la guerra del pacífico. Yo, aun sabiendo que ya no éramos los mismos, no insistí en ir más allá. Ella me propuso sentarnos unos segundos en un banquito que quedaba afuera del psiquiátrico donde me internaba, ya solo quedaban minutos para que llegara mi hora de entrada.

- *¿Qué tal si fumo?*
- *Sí, fuma.*
- *No fumo hace tres años.*
- *Vamos, fúmate un cigarrito.*
- *Es que quedaré muy hedionda.*
- *No importa.*
- *¿Al menos tienes chicle?*
- *Sí, si tengo.*
- *Pero ¿Qué pasaría si me mareo y termino vomitándote?*

- *No importa.*
- *Pero desperdiciaría un cigarro, no sería capaz de fumarlo completo.*
- *No importa.*
- *Mejor fumaré del tuyo.*

Tomó el cigarrillo con sus dedos y tiernamente sentí el roce de su piel como una llamarada, le dio una piteada y botó el humo, me devolvió de inmediato el cigarrillo, me miró... y sonrió, no nos dijimos nada más. Al cabo de un rato de mirar la calle nos dispusimos a entrar, ella me dejó en el lugar donde recibían a los pacientes, firmó el papel de registro y me dio un espléndido abrazo, besé su mejilla y les prometo que sabía a frutilla, luego de eso, se fue. Yo volví a mi alcoba de reo, de defectuoso mental. Guardaba en mi bolsillo una pequeña conchita de caracol que recogí en algún momento en la playa, respiré profundo y la apreté hasta que se rompió, dejé en mi dedo una pequeña gotita de sangre, la lamí y les prometo que sabía a frutilla...

Sabor a frutilla

ROJO ESTÉRIL DE POLEN

La primera vez que supe de Paula fue en el bar de la esquina de Portugal con diagonal Paraguay en Santiago de Chile, fue en una reunión de amigos, yo llegaba con Nicolás, después de una tarde de cervezas y marihuana, bajo la tempestad de la gris ciudad. Con Nicolás hablábamos de las dimensiones exageradas de los edificios de la capital, de la posible situación de una inundación en la estación del metro Baquedano, anteriormente estuvimos en un bar cerca a ese lugar. Uno de los bares que más frecuentábamos, quedaba cerca al comité central del partido comunista, por lo cual se podían ver a varios personajes públicos de aquella militancia. Cuando llegamos al bar de Portugal había un grupo de amigos, estaba David, un joven poeta refinado y homosexual, que le daba importancia a todas las palabras que por algún motivo salieran, a su lado Alejandro que bebía en silencio y cada cierto rato miraba a punto de opinar pero prefería continuar con las cervezas, frente a el Carmen amiga de paula, una muchachita un tanto baja maciza, que vivía de la pintura. yo rápidamente conseguí un asiento y lo puse cerca de Paula, me traía curiosidad, era una muchacha bastante linda, alta, morena, con rasgos ítalos, vestía un pantalón negro y un chaleco de lana gris. Un tipo ebrio se acercó a la mesa a pedir un cigarrillo, saque uno del bolsillo de mi camisa y se lo entregué, luego acercó su cabeza hasta Paula y le susurró al oído tambaleándose, “eres realmente una mujer muy guapa”, corrí al tipo con una mano y el chico me sonrió y se fue, Paula me dijo:

- *Y qué te crees tú espantándome a los piroperos.*
- *Lo siento creí que te estaba molestando.*
- *No pasa nada, tranquilo.*
- *Lo siento.*
- *Ya te he dicho que no pasa nada, recién los chicos me hablaron de ti.*
- *¿Qué mala historia te han contado?*

- *Me han dicho que estás loco.*
- *No es cierto.*
- *Yo también puedo estar loca.*

La muchacha se puso de pie, tomó su vaso y lo arrojó a una de las paredes, quebrándolo en el instante y rociando de cerveza a una pareja de muchachas que bebían cerca del lugar, el encargado del bar no tardó en llegar y dejarnos a todos en la calle.

Los muchachos se enfadaron y le regañaron a Paula, que estaba realmente ebria, deciden todos marcharse, pero Paula quería continuar bebiendo, yo con Nicolás decidimos quedarnos. Caminamos por el parque Bustamante en busca de alguna botillería, empezaba a oscurecer y los focos le daban brillo al césped y los árboles, al final de la calle encontramos una botillería, compramos una botella de vino y buscamos un buen lugar en el parque para sentarnos, Nicolás se acercaba demasiado a Paula y le decía cosas en el oído, ambos reían.

- *Ha que eres la muchacha más linda de tu hogar.*
- *Soy la única, bueno aparte de mi está mi madre, pero ya está arruinada.*
- *Jajaja, lo suponía, espero que tu jamás te arruines -decía Nicolás tocándole el hombro-.*
- *Vaya no te acerques tanto muchacho.*
- *Jajaja, no pasa nada.*

Continuaron así algunas horas, bebimos una botella y luego otra. Decidimos ir al departamento de Nicolás, allí continuamos bebiendo largo rato. Nicolás nos mostró su colección de discos de la nueva ola y cantaba locamente “noche, playa”, luego saco un poco de marihuana de uno de los cajones de la cocina y roló un pito, lo fumamos, el pito estaba realmente bueno, no pasó mucho rato hasta que todos nos encontramos con sueño, Nicolás se durmió en el sillón, Paula se acomodó en el piso, yo fui hasta la pieza de Nicolás y saqué una frazada, tapé a Paula y me acomodé a su lado, de a poco la fui abrazando hasta que terminamos besándonos.

- *Sabes, estoy aburrida de esta ciudad.*
- *Yo tengo algo de plata guardada, podríamos irnos unos días al norte.*
- *Tranquilo, te vengo recién conociendo, veamos cómo pasa esta noche y lo pensaré.*

Terminamos marchándonos hasta la cama de Nicolás y luego de comernos a besos hicimos el amor, en ese momento me entregó lo que jamás podría quitarme.

Al día siguiente despertamos temprano, Nicolás cocinó unos huevos y los comimos tomando algo de vino que sobró de la noche anterior.

- *Veo que despertaron juntos.*
- *¿algo está mal? -dijo Paula sonriendo-*
- *El que pestañea pierde -dijo Nicolás al tiempo en que terminaba de freír los huevos-*
- *Tengo algo de dinero, que les parece si nos vamos al norte unos días.*
- *¿hablas en serio?- dijo Paula.*
- *Claro, te lo comenté anoche.*
- *Por mi está bien, no tengo nada por hacer -dijo Nicolás sonriendo-*

Salimos de la casa a las 2 de la tarde en dirección al terminal de buses, el bus mas cercano partía a las seis de la tarde, comimos algo en el lugar y nos marchamos...

Durante el viaje supe que Paula era la menor de 5 hermanas, su familia siempre tuvo buena situación económica, estaba harta de su padre, decía que era un tipo duro, estremeció mi noche en besos de silencio y el bus dejaba marcas de fuego por donde pasaba, Paula era artista, armaba figuras con masas, decía ser buena en el moldeage, tenía muchas marcas en las manos, pero no eran marcas suicidas, más bien marcas masocas, marcas de angustiada, de haber tenido que esperar ocho noches y ocho días a un traficante que tal vez a cambio de un polvo le daría un poco de polvo, tenía marcas de luciérnaga armonizando su cara, pequeñas pecas amarillentas y un deje de seguridad. Cuando el bus paro en Antofagasta Nicolás se bajó, iría a visitar a una chica que conoció en la universidad de Valparaíso años atrás, quedó en encontrarnos en el camino, caminamos hasta el centro de la ciudad para buscar otro terminal donde compraríamos boletos para el próximo bus que nos dejaría en Tocopilla, un puerto pequeño, atractivo por su bohemia.

Tocopilla fue un carnaval de negras pasarelas, de polvos oscuros, de ruidos feroces, de grandes calderas, era una planta térmica sumergida en los escombros de un puerto, en donde las casas eran de maderas hinchadas por la humedad, y la gente tranquila, lenta como el rocío de las flores a las seis de

la mañana. Esa noche recorrimos todos los bares de aquel puerto y caminamos ebrios por todas las calles en busca de algo de pasta base para reanimar nuestras intenciones de beber, no nos preocupamos de donde caer cuando la noche termine, ni de con quien liarnos para poder hacer evidente nuestro pasar. La noche terminó al fin y ebrios estuvimos abrazados bebiendo de una botella de ron atrás de una piedra con forma de camello, jamás olvidare la cara de Paula pidiendo mi abrigo, ni el frio que soporté al dárselo. Paula, Paula, Paula, una peculiar niña de barrio fino sepultada con un borracho en una caracha de ciudad.

Al siguiente día Paula me sorprende temprano y me dice que nos vayamos, yo decidí quedarme, le di todo mi dinero, no era mucho pero era suficiente para un bus de vuelta a Santiago, una comida y un café en algún terminal, nos despedimos lentamente, y besé su acaramelado aliento a traspasar, pensé en que no me dolería nada, y que fue solamente un ángel de esos que a veces uno, cuando esta arruinado, encuentra.

La mañana del 20 de diciembre cuatro años después de que dejé a Paula en el terminal y pude ver achicarse sus ojitos para sonreírme una despedida, enfermé de una toz terrible, en mi casa estaban todos de ataque porque esa mañana murió la vieja Viole, una gatita siamesa que encontramos y que tuvimos por ocho años, fui al doctor y pidió que me hiciera exámenes de sangre, ya saben una fila enorme y después de un par de horas de espera una enfermera atina a agujerearte las venas por un poco de la roja, luego de eso salí y bebí toda la tarde con un amigo poeta llamado Jonathán, esa noche recordé a Paula y le conté animoso a Jonathán nuestra travesía por el norte, nuestra experiencia en el viaje, la noche paso lenta.

Al día siguiente conseguí por la agenda telefónica el número de la casa de Paula, contestó una mujer, por su voz noté que era una mujer de alta edad.

- Hola.

- Hola, habla con Eric, quería saber si puedo contactar con Paula.

- ¿usted fue su amigo?

- Sí, soy un amigo, la estoy llamando desde el norte.

- Bueno, lamento contarle que Paula murió hace dos años.

- Tuu.. tuu.. tuu..

Sentí mi corazón salir por la ventana y recorrer el horizonte de nylon que atravesaba la atmosfera febril que me convocaba al diluvio de la ceniza triste

que tenía por caminar, pensé en la Paula, en la vez en que lanzó un vaso y aterrizó sobre la pared y todos fuimos alejados de aquel bar, pensé en sus besos y en su pelo negro posado sobre mi cara cuando la abrigaba en la noche del puerto negro, donde las gárgolas deambulaban en busca de cigarrillos y pócimas malditas que alejaban de mí el balazo que me ponía sin entender, pensé en Paula y pienso en Paula que sin querer o tal vez queriendo me dejó un recuerdo, o tal vez fui yo quien le puso sentencia, pero algo de ambos hay en mí y llevaré de por vida, pues el día en que recibí mis exámenes descubrí que estaba contagiado de sida...

Sabor a frutilla

Antofagasta 15/06/2013

Asunto: Carta de invierno

Ahora que el rocío estalla en la mañana
Puedo desatarme como lo hacen las mariposas tras su descanso
Y furtivo reclamar ojales para aquel frío
Que alguna vez nos perteneciera.

Caminarás tras ferrocarriles en el alba
Enclaustrada en la monotonía de la paz
Pero como un perro o un viejo gato
Vivida reencontrarás lo que alguna vez nos perteneciera.

Es el frío, el frío y la lluvia causal de desamores
De confusiones "anormales"
-como lo diría la ciencia-
No alcanzaran poemas para tantos
Tantos y tantos segundos deprisa
En el rincón
donde alguna vez encontrarás los que nos perteneciera.

Me pregunto ¿cómo estás? y me sostengo en las ramas del triste árbol
Juego con los pájaros al sueño de desatino
Envenenado completamente
De lo que alguna vez nos perteneciera.

Hace frío y es tarde
Las cantimploras lloran gotas de navíos
Que ya no vuelan
Cansadas bajo el trino
Como en negro bosque de serpientes y miel
Sé exactamente dónde estás...

Hago la confesión después de las confiesas alas
Y claro está que tirité
No olvidaré tu estampa ni tu mensaje
Encapsulado en las campanas de enredaderas,

En el verde oscuro de las cinco de la mañana
Caminaré sereno por el espiral
Con tu esencia al hombro
No olvidaré tu mirada
Ni tu espera

Ni el invierno que alguna vez nos perteneciera.

II

Vengo de la noche cargando el crimen de los sauces
Vengo de la noche amortiguando en pimientos de escaparates
Tendencia zen de animalias y sortilegios
En la carpa espero a que me tape el invierno

Vienes del terciopelo acomodado de cenizas
Vienes de las brisas más altas del altiplano
Cornisa estéril en la paciente carnicería
Entre las plantas espero que te tape el invierno.

III

Los amigos de la noche caminan taciturnos
Encienden cigarrillos de amapola y soledades
Esperamos que venga la lluvia con su barba de nieve
Entre los perros de las calles que tenemos en juego.

Las flores se escarchan con los segundos malditos
Y los amigos congelan su nariz tras la derrota
En una casa un perro y un gato esperan
Y esperan los pájaros y las sandalias
Las tazas de leche tibias y los controles remotos
Esperan los sillones y el viejo libro
El retorcido fugazis de la concepción segura
Un amorío de trenzas castillos y brisas
Esperan por ti
Que apareces encadenada a la casa de los secretos
Al juego de tazas de té.

Recorramos levemente la caminata entre los puentes
Ese siempre vértigo, vértigo, vértigo
Por eso aparecen los zorzales a bien-venirte
Y las caricias y los conejos
Vienen volando los buitres de las muertes próximas.

Te bañaré en papeles y aluminios
Entre las tejas de la casa del secreto.

Venga a mí el misterio de esta última carta
Para que sepas que no habrá más inviernos

*Conjugándose con la pena
Porque serán las últimas líneas del desvelo
Y en la noche, carmesí, bien beberé el veneno...*

IV

*Hablo del fondo de un bosque con piedras y tensos martillos de calle común
Hablo de un hoyo en el llano, de un viejo gusano que sufre en la rama tras el aguacero
Hablo de un tiempo viajero, de un cielo espeso, de un tono menor
Hablo que el agua, que el fuego, que el viento, que el tiempo y que la tierra
Hablo de nada.*

*Conduciré veloz una tormenta bajo las carpas de circos ebrios
Escribiré en galpones de juegos, en bailes de chistes, de mujeres perfectas*

*Destripado sea dios en la punta que lloro
Y mi milagro de vida
Hablo, hablo, hablo desde el ocaso, para que tú me oigas, para que estés despierta tras
madrugadas de ojeras sin drogas, con ropa y soledad
Hablo para lo limpio del invierno, para tus manos y su frío
Para el olvido
Escribo esta carta de invierno.*

*Caminarás por el desierto sin hijos ocho noches y cuatro días
Porque toqué tu cuello sin permiso tras el miedo de los patios
Y las blancas caras de testigos que se perdieron mongolos entre la soledad del cascabel
Y fueron demasiadas las latas perdidas, arrojadas como mi casa en la pampa
Entonces vendrán los ángeles esta noche
Cortando alas y lenguas y besos de guindas moradas y negras y azules.*

*Pendiente te tengo del miedo
Mi condena fue tu alejamiento
Te escribo una carta de invierno*

*Vamos a andar entre las sales y los juicios, la noche espera constelada, explosada y febril
Espera a que rías la vez de la vista simple, la del corazón
Deja una rama de diástoles en las salidas
Deja una siembra, una sencilla estrella para mí
Te escribo esta carta de invierno, porque la vez próxima
En el último encuentro
Ya estaremos secos y viejos...*

Juan Pablo Rudolffi Ugarte

Sabor a frutilla

Sabor a frutillas es una selección de cuentos breves, nacidos entre paredes blancas y un escritor en estado depresivo, y quizá no sean menores estos datos, ni coincidencia que sus personajes necesitados de esta inmunidad psiquiátrica, hayan elegido ese contexto para salir de la pluma joven y ágil de Rudolffi.

Hilos conductores nos llevarán una y otra vez pasando del coloquio a la poesía y así cerrar el círculo que el autor traza entre las historias a medida que se suceden.

Rudolffi en Sabor a frutillas

logra así, integrarnos en ese, su rojo mundo de vida, muerte y excitación.

Andrea Valentina Crosa Buenos Aires Argentina 18-06-2013



Sabor a frutilla

Juan Pablo Rudolffi Ugarte